



Seix Barral Biblioteca Formentor

David Foerkinos

La delicadeza

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza

EDICIÓN NO VENAL

Título original:
La délicatesse

Primera edición: mayo 2011

© David Foenkinos, 2009

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2011
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.es

© Traducción: Isabel González-Gallarza, 2011

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Nathalie era más bien discreta (la suya era una feminidad suiza, por así decirlo). Había atravesado la adolescencia sin tropiezos, respetando los pasos de cebra. A los veinte años, el porvenir era para ella una promesa. Le gustaba reír, y también leer. Dos ocupaciones que rara vez podía simultanear, pues prefería las historias tristes. Como, a su juicio, su inclinación literaria no era lo bastante marcada, decidió estudiar Económicas. Pese a su aire soñador, no se identificaba ni con la imprecisión ni con la imperfección. Pasaba horas observando curvas sobre la evolución del PIB en Estonia, con una extraña sonrisa en los labios. Justo cuando la vida adulta empezaba a anunciarse, a Nathalie empezó a darle a veces por pensar en su infancia. Instantes de felicidad reunidos en unos pocos episodios, siempre los mismos. Corría por una playa, se subía a un avión, dormía en brazos de su padre. Pero no sentía nostalgia ninguna, jamás. Lo cual era bastante extraño, llamándose Nathalie.*

Nathalie y François se conocieron en la calle. Que un hombre aborde a una mujer es siempre algo delicado. Ésta no puede por menos de preguntarse: «¿Lo hará a menudo?». Los hombres suelen asegurar que es la prime-

* Las Nathalies demuestran una clara tendencia a la nostalgia.

ra vez. Si nos fiamos de lo que dicen, es como si, de pronto, gozaran de una gracia inesperada que les permite desafiar su timidez habitual. Las mujeres responden, de manera automática, que no tienen tiempo. Nathalie no fue ninguna excepción. Lo cual era una tontería, pues no tenía gran cosa que hacer y le gustaba la idea de que la abordaran así. Nadie se atrevía nunca. Se había preguntado en más de una ocasión: ¿será que parezco demasiado malhumorada, o demasiado indolente tal vez? Una de sus amigas le había dicho: nadie te para nunca por la calle porque tienes pinta de una mujer perseguida por el paso del tiempo.

Cuando un hombre aborda a una desconocida es para decirle cosas bonitas. ¿O existe acaso un kamikaze masculino que pare a una mujer para asestarle: «Pero ¿cómo puede llevar esos zapatos? Tiene los dedos como en un gulag. ¡Qué vergüenza, es usted el Stalin de sus pies!»? ¿Quién podría soltar algo así? François no, desde luego, lo suyo eran los cumplidos. Trató de definir lo más indefinible: la turbación. ¿Por qué la había abordado precisamente a ella? Por sus andares, sobre todo. Había sentido algo nuevo, algo casi infantil, como una rapsodia de las rótulas. Emanaba de ella una especie de naturalidad, tan conmovedora, una gracia en el movimiento, y pensó: es exactamente la clase de mujer con la que me gustaría marcharme un fin de semana a Ginebra. Así que se armó de valor para abordarla, y tuvo que armarse hasta los dientes, porque, en su caso, de verdad era la primera vez que hacía algo así. Allí, en ese preciso momento, en esa acera, se conocieron. Una entrada en materia muy clásica, que a menudo determina el punto de partida de algo que, por lo general, con el tiempo deja de ser tan clásico.

Si Nathalie accedió a sentarse con ese desconocido fue porque se sintió cautivada. Desde el primer instante

le atrajo esa mezcla de titubeo y de soltura, de torpeza y de atractivo. Físicamente, tenía algo que le gustaba en los hombres: un ligero estrabismo. Muy ligero, y sin embargo visible. Sí, le sorprendía encontrarle ese detalle. Y además se llamaba François. Siempre le había gustado ese nombre. Era elegante y tranquilo, como la idea que tenía de los años 50. Estaba hablando ahora, cada vez con mayor soltura. No había silencios incómodos, no se sentían tensos ni cortados. Al cabo de diez minutos, ya ni se acordaban de la escena inicial, de cómo la había abordado en plena calle. Tenían la sensación de conocerse ya, la sensación de que si estaban ahí, juntos, era porque habían quedado. Todo era tan sencillo que resultaba desconcertante. Y esa facilidad trastornaba todas las citas anteriores, todas esas citas en las que habían tenido que hablar, habían tenido que tratar de resultar graciosos, que hacer un esfuerzo por parecer interesantes. Lo suyo, esa facilidad y esa naturalidad, casi daba risa. Nathalie miraba a ese chico que ya no era un desconocido, cuyas partículas de anonimato se desvanecían progresivamente ante sus ojos. Trataba de recordar dónde se dirigía en el momento en que se habían conocido. Pero todo estaba borroso en su memoria. No era propio de ella pasear sin rumbo. ¿No quería seguir los pasos de esa novela de Cortázar que acababa de leer? La literatura estaba allí, en ese momento, entre ellos. Sí, eso era, había leído *Rayuela* y le habían gustado especialmente esas escenas en que los protagonistas tratan de encontrarse por casualidad en la calle, cuando recorren *itinerarios nacidos de la frase de un clochard*. Por la noche repasaban sus recorridos en un plano, para ver en qué momento habrían podido encontrarse, en qué momento sin duda debían de haber pasado muy cerca el uno del otro. Ahí era donde se dirigía Nathalie: a una novela.

Los tres libros preferidos de Nathalie:

Bella del señor, de Albert Cohen

*

El amante, de Marguerite Duras

*

La separación, de Dan Franck

Nathalie solía llegar agotada al fin de semana. Los domingos le gustaba leer, tumbada en el sofá, tratando de alternar las páginas con los sueños cuando la somnolencia se imponía sobre la ficción. Se cubría las piernas con una manta, ¿y qué más podríamos decir? Ah, sí: le gustaba prepararse una tetera entera, para bebérsela en varias tazas, a sorbitos, como si el té fuera una fuente inagotable. Ese domingo, aquel en el que todo ocurrió, estaba leyendo una larga novela rusa, de un escritor menos conocido que Tolstoi o Dostoievsky, un hecho este que puede incitar a reflexionar sobre la injusticia de la posteridad. Le gustaba la indolencia del protagonista, su incapacidad para actuar, para imponer su energía sobre la vida. Había cierta tristeza en esa debilidad. Como con el té, le gustaban las novelas-río.

François pasó por su lado: «¿Qué lees?» Ella le dijo que era un autor ruso pero no precisó más, pues le pareció que sólo lo preguntaba por educación, sin verdadero interés. Era domingo. A Nathalie le gustaba leer, y a François, ir a correr. Llevaba ese pantalón corto que a ella le parecía un poco ridículo. Nathalie no podía saber que era la última vez que lo vería. François daba saltitos por toda la casa. Tenía esa costumbre de querer calentar siempre en el salón, de respirar fuerte antes de irse, como

para dejar un gran vacío tras de sí. Y no cabe duda de que eso fue lo que hizo. Antes de irse, se inclinó sobre su mujer y le dijo algo. Curiosamente, a posteriori Nathalie no recordaría esas palabras. Lo último que se habían dicho se volatilizaría. Y después, se quedó dormida.

Cuando despertó, no acertaba a saber cuánto tiempo había dormido. ¿Diez minutos o una hora? Se sirvió un poco más de té. Estaba aún caliente. Eso era una indicación. Nada parecía haber cambiado. Era exactamente la misma situación que antes de quedarse dormida. Sí, todo era idéntico. Sonó el teléfono durante ese regreso a lo idéntico. El ruido del timbre se mezcló con el vapor del té, en una extraña concordancia de sensaciones. Nathalie descolgó. Un segundo después, su vida ya no era la misma. Con un gesto mecánico, marcó la página del libro con un señalador y salió corriendo de casa.

14

Cuando llegó al vestíbulo del hospital, no supo qué decir ni qué hacer. Permaneció largo rato sin moverse. En el mostrador de información le indicaron por fin dónde encontrar a su marido. Lo descubrió tendido. Inmóvil. Nathalie pensó: parece dormido. De noche no se mueve nunca. Y ahí, en ese instante, era sólo una noche como las demás.

—¿Qué probabilidades tiene? —le preguntó al médico.

—Mínimas.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Mínimas quiere decir ninguna? Si es así, dígame que ninguna.

—No puedo decirle eso, señora. Las probabilidades son ínfimas. Nunca se sabe.

—¡Claro que tiene que saberlo! ¡En eso consiste su trabajo!

Nathalie gritó esa frase con todas sus fuerzas. Varias veces. Y luego calló. Entonces miró fijamente al médico, inmóvil él también, petrificado. Había asistido a numerosas escenas dramáticas. Pero esa vez, sin que pudiera explicar por qué, sentía como un grado superior en la jerarquía del drama. Contemplaba el rostro de esa mujer, contraído por el dolor. Incapaz de llorar, de tanto como el dolor la secaba por dentro. Nathalie avanzó hacia él, perdida y ausente. Antes de desplomarse en el suelo.

15

*Frases que pudo haber dicho François
antes de irse a correr:*

Te quiero.

*

Te adoro.

*

El esfuerzo tiene su recompensa.

*

¿Qué hay de cena esta noche?

*

Disfruta de tu libro, amor mío.

*

Todavía no me he ido y ya te echo de menos.

*

No pienso dejar que me atropellen.

*

Urge ir a cenar con Bernard y Nicole.

*

A ver si leo yo también un poco de vez en cuando.

*

Hoy sobre todo voy a trabajar bien los gemelos.

*

Esta noche vamos a por el niño.

Nathalie estaba sentada a su mesa, en su despacho. Desde la primera mañana de su vuelta, había tenido que enfrentarse a algo terrible: el calendario. Por respeto, nadie había tocado sus cosas. Y nadie había pensado en lo violento que sería para ella descubrir sobre su mesa la fecha, detenida en el tiempo, de su último día antes de la tragedia. Esa fecha, dos días antes del accidente de su marido. En esa página, aún estaba vivo. Cogió el calendario y empezó a pasar las hojas. Los días desfilaron ante sus ojos. Desde la muerte de François, le había parecido que cada día tenía un peso inmenso. Ahí, en pocos segundos, al pasar las hojas de los días, podía observar de manera concreta el camino recorrido. Todas esas hojas, y ella seguía ahí. Y ahora era hoy.

Hacia varios meses que Nathalie se había reincorporado al trabajo. Se había entregado a ello de una manera que algunos juzgaban excesiva. El tiempo parecía retomar su curso. Todo volvía a empezar: la rutina de las reuniones y lo absurdo de esos expedientes que se numeran como si no fueran más que una sucesión de elementos desprovistos de la más mínima importancia. Y el absurdo llevado a su máximo exponente: los expedientes nos sobrevivirán. Sí, eso es lo que se decía Nathalie, mientras archivaba documentos. Que todo ese papeleo era supe-

rior a nosotros en muchos aspectos, que no estaba sujeto a la enfermedad, a la vejez ni a ningún accidente. Ningún expediente moriría atropellado al ir a correr un domingo.

(...)

36

Llamaron a la puerta. Discretamente, apenas se oyó. Nathalie se sobresaltó, como si esos últimos segundos le hubieran hecho creer que podía estar sola en el mundo. Dijo: «Adelante», y Markus entró. Era un compañero oriundo de Uppsala, una ciudad sueca que no le interesa a casi nadie. Hasta los habitantes de Uppsala* se sienten incómodos: el nombre de su ciudad suena casi como una disculpa. Suecia tiene la tasa de suicidios más alta del mundo. Una alternativa al suicidio es emigrar a Francia, eso es lo que debía de haber pensado Markus. El joven tenía un físico más bien desagradable, pero tampoco se puede decir que fuera feo. Tenía siempre una manera de vestir un poco especial: no se sabía si había sacado su ropa del trastero de casa de su abuelo, de la beneficencia o de una tienda de última moda. En conjunto, su aspecto era poco homogéneo.

—Vengo a verla por el expediente 114 —dijo.

¿Es que no bastaba su extraña apariencia, también tenía que decir frases tan estúpidas? Nathalie no tenía la menor gana de trabajar hoy. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo. Se sentía como desesperada: casi podría haberse ido de vacaciones a Uppsala, con eso se dice todo. Observaba a Markus, que no se movía. Éste la miraba, embelesado. Para él, Nathalie representaba esa

* Desde luego, se puede nacer en Uppsala y llegar a ser Ingmar Bergman. Con todo, su cine puede dar una idea de la tonalidad de esta ciudad.

clase de feminidad inaccesible, a lo que venía a añadirse la fantasía que desarrollan algunos con respecto a todo superior jerárquico, a todo ser en una posición de dominación. Nathalie decidió entonces caminar hacia él, caminar despacio, muy despacio. Casi habría dado tiempo a leer una novela mientras tanto. No parecía querer detenerse, tanto es así que de pronto se encontró muy cerca del rostro de Markus, tan cerca que sus narices se tocaron. El sueco ya no respiraba. ¿Qué quería de él? No le dio tiempo a seguir formulándose esa pregunta en su cabeza, pues Nathalie empezó a besarlo con frenesí. Un largo beso intenso, con esa intensidad propia de la adolescencia. Y, de pronto, dio un paso atrás:

—Ya hablaremos más tarde del expediente 114.

Abrió la puerta e invitó a Markus a salir de su despacho. Éste obedeció con dificultad. Se sentía como Armstrong en la Luna. Ese beso era un gran paso para su humanidad. Se quedó un momento inmóvil delante de la puerta del despacho. En cuanto a Nathalie, ya había olvidado por completo lo que acababa de ocurrir. Su acto no tenía ningún vínculo con la sucesión de los demás actos de su vida. Ese beso era la manifestación de una anarquía repentina en sus neuronas, lo que podría llamarse un acto gratuito.

37

El invento de la moqueta

Parece difícil llegar a saber quién inventó la moqueta. Según el diccionario Larousse, la moqueta no es más que «una alfombra que se vende por metros».

Esta definición plasma la naturaleza patética de su existencia.

Markus era un hombre puntual y le gustaba volver a su casa a las siete y cuarto en punto. Se sabía los horarios del tren de cercanías como otros se saben los perfumes preferidos de su mujer. No le disgustaba esa vida cotidiana idéntica a sí misma. A veces tenía la impresión de ser amigo de esos desconocidos con los que se cruzaba cada día. Aquella tarde tenía ganas de gritar, de contarle su vida a todo el mundo. Su vida con los labios de Nathalie sobre los suyos. Quería levantarse y apearse en una estación cualquiera, así porque sí, sólo para tener la impresión de salirse de la costumbre. Quería estar loco, lo cual era la prueba de que no lo estaba.

Mientras caminaba hacia su casa, volvieron a su mente imágenes de su infancia sueca. Fue bastante rápido. La infancia en Suecia se parece a la vejez en Suiza. Pero, pese a todo, volvió a pensar en aquellos momentos en que se sentaba al fondo de la clase para contemplar la espalda de las chicas. Durante años, había admirado las nuca de Kristina, Pernilla, Joanna y otras muchas chicas cuyos nombres terminaban por A, sin poder nunca rozar siquiera otra letra. No recordaba sus caras. Soñaba con volverlas a ver, sólo para decirles que Nathalie lo había besado; para decirles que no habían sabido ver su atractivo. Ah, qué bonita era la vida.

Una vez delante de su edificio, vaciló. Estamos asediados por un sinfín de cifras que memorizar. Los números de teléfono, las contraseñas de acceso a Internet, las tarjetas de crédito... De modo que, sin remedio, llega un momento en que todo se confunde. Intentas entrar en tu

casa utilizando tu número de móvil. Markus, cuyo cerebro estaba perfectamente organizado, se sentía al amparo de esa clase de problema; sin embargo, eso fue exactamente lo que le ocurrió aquella tarde. No había manera de que recordara el código del portero automático. Probó varias combinaciones, en vano. ¿Cómo podía uno olvidar por la tarde aquello que por la mañana recordaba perfectamente? ¿El exceso de información nos empujará ineluctablemente hacia la amnesia? Por fin, llegó un vecino y se colocó delante de la puerta. Podría haber abierto enseguida, pero prefirió saborear ese momento de evidente superioridad. A juzgar por su mirada, uno casi hubiera dicho que *recordar el código* era señal de virilidad. El vecino se decidió por fin a abrir, y dijo pomposamente: «No, por favor, pase usted primero.» Markus pensó: *Gilipollas, si supieras lo que tengo en la cabeza, tengo algo tan bonito que borra todos los datos inútiles...* Subió la escalera, y enseguida olvidó el desagradable contratiempo. Seguía sintiéndose ligero y repasaba en su cabeza una y otra vez la escena del beso. Era ya una película de culto en su memoria. Abrió por fin la puerta de su apartamento, y su salón se le antojó muy pequeño comparado con sus ganas de vivir.

39

Código de acceso al edificio de Markus:

A9624

40

A la mañana siguiente, se despertó muy temprano. Tanto, que ni siquiera estaba seguro de haber dormido.

Esperaba el sol con impaciencia, como una cita importante. ¿Qué pasaría hoy? ¿Cuál sería la actitud de Nathalie? ¿Y él, qué debía hacer él? ¿Quién sabe cómo actuar cuando una mujer hermosa te besa sin darte la más mínima explicación? Se sentía asaltado por un sinfín de preguntas, lo cual nunca era buena señal. Tenía que respirar despacio (...) y (...), sí, así, eso es (...), muy bien (...). Y decirse que era simplemente un día como otro cualquiera.

A Markus le gustaba leer. Era un bonito punto en común con Nathalie. Aprovechaba sus trayectos cotidianos en tren para entregarse a esa pasión. Hacía poco había comprado muchos libros, y ahora debía elegir cuál de ellos acompañaría ese gran día. Estaba ese autor ruso que le gustaba mucho, un autor bastante menos leído que Tolstoi o Dostoievski, vaya usted a saber por qué, pero el libro era demasiado gordo. Quería un texto que pudiera leer a salto de mata según le apeteciera, pues sabía que no conseguiría concentrarse. Por ese motivo se decidió por *Silogismos de la amargura*, de Cioran.

Una vez en la oficina, trató de pasar el mayor tiempo posible junto a la máquina de café. Para que pareciera natural, se tomó varios. Al cabo de una hora, empezó a sentirse un pelín nervioso. Varios cafés cargados y una noche sin dormir nunca son buena combinación. Fue al baño, y se encontró gris. Volvió a su despacho. Hoy no había prevista ninguna reunión con Nathalie. ¿Quizá simplemente debía ir a verla? Utilizar el pretexto del expediente 114. Pero no había nada que decir sobre el expediente 114. Sería una tontería. Ya no aguantaba más el estar así, dejándose carcomer por la indecisión. ¡Después de todo, la que tenía que ir a verlo era ella! Ella lo había besado a él, y no al revés. Nadie tiene derecho a actuar así sin

dar explicaciones. Era como robar algo y salir corriendo. Era exactamente eso: había salido corriendo de sus labios. Sin embargo, Markus sabía que Nathalie no iría a verlo. Puede que incluso hubiera olvidado ese momento, ¿quizá él no había sido para ella más que un acto gratuito? Su intuición era acertada. Percibía una injusticia terrible en esa posibilidad: ¿cómo podía el acto del beso ser gratuito para ella cuando para él tenía un valor incalculable? Sí, un valor exorbitante. Ese beso estaba ahí, por todas partes dentro de él, moviéndose en el interior de su cuerpo.

41

*Fragmento de un análisis del cuadro El beso
de Gustav Klimt:*

La mayoría de las obras de Klimt pueden dar pie a numerosas interpretaciones, pero su utilización anterior del tema de la pareja en el friso *Beethoven* y el friso *Stoclet* permite ver en *El beso* la realización postrera de la búsqueda humana de la felicidad.

42

Markus no lograba concentrarse. Quería su explicación. Sólo había una manera de obtenerla: hacerse el contradizo. Ir y venir delante del despacho de Nathalie, todo el día si era necesario. En algún momento tendría que salir, y entonces... ahí estaría él, de pura casualidad, yendo y viniendo delante de su despacho. Al final de la mañana, estaba empapado en sudor. Pensó de pronto: «¡Así no le voy a causar buena impresión!» Si saliera aho-

ra, se cruzaría con un hombre sudado que perdía el tiempo yendo y viniendo por el pasillo sin hacer nada. Iba a parecer un tipo raro que camina sin motivo.

Después de comer, volvieron a asaltarle atropelladamente los pensamientos de la mañana. Su estrategia era acertada, debía seguir yendo y viniendo por el pasillo. Era la única solución. Es tan difícil caminar fingiendo que se va a alguna parte... Tenía que adoptar un aire preciso y concentrado; lo peor era desplazarse haciendo como si caminara deprisa. Al final de la tarde, agotado ya, se cruzó con Chloé. La joven le preguntó:

—¿Estás bien? No sé, te encuentro como... raro.

—Sí, sí, estoy bien. Estoy estirando las piernas un poco. Me ayuda a pensar.

—¿Sigues con el expediente 114?

—Sí.

—¿Y qué tal lo llevas?

—Bien. Bueno, más o menos.

—Pues chico, a mí el 108 me está dando un montón de quebraderos de cabeza. Quería hablarlo con Nathalie, pero no ha venido hoy.

—¿Ah, no? ¿No... ha venido hoy? —preguntó Markus.

—No... Tenía una reunión fuera de París, creo. Bueno, te dejo, voy a ver si soluciono esto.

Markus no reaccionó.

Había caminado tanto que a estas alturas él también habría podido estar fuera de París.

43

*Tres aforismos de Cioran leídos
por Markus en el tren de cercanías:*

El arte de amar
consiste en saber unir a un temperamento de vampiro
la discreción de una anémona.

*

En el corazón de cada deseo se enfrentan
un monje y un carnicero.

*

El espermatozoide es un bandido en estado puro.

44

Al día siguiente, Markus llegó al trabajo con un estado de ánimo muy diferente. No comprendía por qué se había comportado de manera tan extraña. A quién se le ocurría ir y venir sin tregua por un pasillo. El beso lo había alterado mucho, y hay que decir también que últimamente su vida afectiva había sido especialmente tranquila, pero no era razón para mostrarse tan pueril. Debería haber conservado la calma. Seguía queriendo que Nathalie le diera una explicación, pero ya no trataría de cruzarse con ella haciéndose el contradicho. Sencillamente iría a verla a su despacho.

Llamó con decisión a la puerta. Ella dijo «adelante», y él obedeció sin vacilar. Entonces se encontró cara a cara con un gran problema: Nathalie había ido a la peluquería. Markus siempre había sido muy sensible al cabello. Y tenía ante sí un espectáculo desconcertante: ahora el de Nathalie era completamente liso. De una belleza que quitaba el hipo. Si se lo hubiera recogido, como lo hacía a veces, todo habría sido más sencillo. Pero ante tamaña manifestación capilar, Markus sintió que le faltaba el habla.

—Sí, Markus, ¿qué quería?

Interrumpió sus divagaciones, y al fin pronunció la primera frase que se le ocurrió:

—Me gusta mucho su pelo.

—Gracias, es muy amable.

—No, de verdad: me maravilla.

A Nathalie le sorprendió esa declaración matinal. No sabía si debía sonreír o sentirse incómoda.

—Sí, bueno, ¿y aparte?

—...

—¿No habrá venido a verme sólo para hablarme de mi pelo?

—No... No...

—¿Para qué entonces? Le escucho.

—...

—Markus, ¿está usted aquí?

—Sí...

—¿Y bien?

—Quería saber por qué me besó.

El recuerdo del beso volvió a su memoria, en primer plano. ¿Cómo había podido olvidarlo? Cada instante se recomponía, y Nathalie no pudo contener una mueca de asco. ¿Estaba loca? En los últimos tres años no se había acercado a ningún hombre, ni siquiera había pensado interesarse por nadie, y ahora, de buenas a primeras, había besado a ese colega insignificante. Dicho colega esperaba una respuesta, lo cual era perfectamente comprensible. El tiempo pasaba. Tenía que decir algo.

—No lo sé —confesó en voz baja Nathalie.

Markus había querido una respuesta, un rechazo incluso, pero desde luego no esa nada.

—¿No lo sabe?

—No, no lo sé.

—No puede dejarme así. Tiene que darme una explicación.

No había nada que decir.

Ese beso era como el arte moderno.

45

Título de un cuadro de Kasimir Malevich:

Cuadrado blanco sobre fondo blanco (1918).